



Roma: Interior del Colosseo. (Foto Civirani, Roma.)

Roma empezó así

Por ANTONIO MONTERO

Roma, antes de regirla, tuvo que someterse a la Historia. Esto significa que tuvo principio y que antes de ser eterna fué temporal. De la infancia de Roma saben muy poco los historiadores críticos. Los poetas, en cambio, nos la cantan minuciosamente. Aquéllos son lacónicos, por objetivos; éstos son frondosos, por cariñoso instinto creador.

Nuestra reseña —esencialmente pacifista— no creará conflictos entre ambos bandos. Concederemos breve audiencia a críticos y poetas sentados ellos en los graves escaños de la ciencia y recostados éstos en la inconsciente hierba legendaria.

Según los libros serios, el Lacio primitivo tuvo tres núcleos de población a la izquierda del Tíber: el de la región Sabina, el de los montes Albanos y el del litoral tirreno. Cada sector comprendía varias aldeas, cuyo sistema de vida era el pastoreo y la agricultura. Instalaban sus cabañas arriba, en los montes, para abreviar luego sus ganancias en los fértiles herbazales de la campiña tiberina. No era una raza

exclusivamente bucólica. Su sangre nueva sentía también borbotones bélicos. Por eso miraban tanto al otro lado del Tíber, donde los etruscos se iban sintiendo estrechos. El río ofrecía un flanco débil: aquella indiscreta "Insula Tiberina" facilitaba la travesía.

Ello fué que, hacia el siglo X a. C., los vecinos de Alba Longa, la metrópoli albana, tomaron sus precauciones. Cabalmente desde el ángulo oeste del monte Palatino —una de las siete colinas que presidían la campiña— se dominaba el islote. Pronto algunos colonos de Alba plantaron allí sus reales, y no debió irles mal, porque la colonia palatina fué creciendo posteriormente. Este núcleo primitivo se llamó "Roma Quadrata" y su situación exacta es difícil de precisar. Roma tuvo nombre gracias al río Rumon, que cercaba el Palatino. Nuevas colonias albanas poblaron el Esquilino y el Celio, ante la persistente

amenaza etrusca. También las colinas restantes se vieron habitadas: pero los primeros vecinos del Capitolio, el Quirinal y el Viminal fueron belicosos emigrantes de los montes Sabinos. Parece que éstos no lograron entenderse con sus vecinos hasta después de la invasión

EDITORIAL

Hay una ciudad en el mundo cuyo nombre los cristianos nunca nos cansamos de repetir, cuyas fotografías nos parecen siempre nuevas. Es la ciudad permanente, la que no pasa, la réplica mejor de la Ciudad de Dios.

Al término del Año Santo, y como recuerdo de sus estupendas jornadas, hemos creído que agradecería a nuestros lectores un número especial dedicado a Roma. Poco hemos tenido que cansarnos para ofrecerles algunos aspectos nuevos. El pensamiento que enlaza las páginas de este número es muy viejo. Nosotros vemos a Roma como ciudad pre-

destinada, preordenada por la Divina Providencia para realizar una misión concreta en la historia de los hombres. La historia antigua de Roma es como un Antiguo Testamento que prefigura y simboliza los pasos del Nuevo y sólo en la visión conjunta permite total comprensión. ¡Qué aguda la sensibilidad del gran poeta cuando adivinaba los misterios de la vida de Roma!

En el hondón de las siete colinas se iba cavando el asiento para la piedra. Luego, sobre tal fundamento, fué fácil construir. Roma vino a ser la posada de todos. Y todos, a pie o en sueño, llegamos a ella de vez en cuando.

INCUNABLE

etrusca. Sobrevino ésta hacia el 700 a. C., y su ocupación duró hasta el 509. El sello etrusco fué definitivo en la nueva raza romana. Durante su ocupación nació el Foro y el gran templo de la Tríade Capitolina, y sobre todo nació la "Villa", definitiva como un todo orgánico de colinas federadas.

En la médula racial del nuevo pueblo se injertaba el equilibrio bucólico del Lacio meridional con la militar austeridad de los Sabinos y el sentido cultural de organización que aportaron los etruscos. Todo ello diluía en una luminosa embriaguez mediterránea. El mismo instinto de poblar la altura arguye un sentido de verticalidad señorial que, fundido en un ansia de conquista, había de dar a Roma su plenitud histórica, su cenital fulgor. La Historia estaba esperando...

Los datos hasta ahora aducidos, por muy ciertos que sean, brindan una Epica anónima, inexpresiva, plural. Los poetas tenían que suplir y lo hicieron con creces. Todos, críticos y poetas, coinciden en que Alba Longa fué la madre de Roma; pero la Eneida nos descubre que fué precisamente Ascanio, hijo del piadoso Eneas, el que la fundó; quince reyes sucesivos —añade la leyenda— la fueron engrandeciendo. Númitor, el último de ellos, fué destronado por su hermano Amulio. Para zanjar futuras represalias, Amulio hizo Vestal a Silvia, hija del destronado, confiando en que la virginidad de tal estado evitaría peligrosa descendencia. Amulio se equivocó. Silvia concibió del dios Marte y dió a luz dos gemelos. Rómulo y Remo —así se llamaban— son arrojados al Tíber por la astucia del usurpador; pero las aguas benignas que reflúan en la campiña posaron la cuna superviviente en un ribazo y se retiraron inofensivas. Era el valle central bajo las siete colinas. De una de ellas bajó una loba a beber... El llanto solitario de los niños ablandó al animal; y sus ubres generosas suplieron al pecho materno hasta que Fáustulo, el pastor vecino, descubrió la escena y entregó la cuna a su mujer.

Una infancia selvática y una juventud deportiva los curtió. Robustos y ágiles, ganaron celebridad en los juegos olímpicos de la comarca pastoral, en donde se recluían también los bandidos de las aldeas albanas. Pronto fueron un peligro para el rey Amulio, que logró cazar

a los belicosos gemelos y encargó de juzgarlos precisamente al destronado Númitor, abuelo de ambos. El contacto entre el juez y los reos hizo descubrir su mutuo parentesco. Los fogosos jóvenes supieron el secreto de su vida y se vieron víctimas de Amulio. Su sed de venganza no cesó hasta ver destronado y muerto al usurpador. Númitor recupera el trono de Alba Longa y sus dos nietos marchan al monte Palatino con una emigración de albanos. A poco morirá Remo, víctima de la emulación fraterna.

Rómulo, dueño del campo, dirige afanoso la construcción de la nueva ciudad. Debió ser en un atardecer del año 753 a. C. cuando el joven tomó el arado para abrir un surco, con majestad litúrgica, en la geografía virgen del Palatino, detrás de la dócil yunta. Trazó así un gran cuadrilátero, donde crecerían macizas las murallas. Con minuciosa paciencia señaló después todos los recintos urbanos. Según esta norma, se desarrolló la Urbe, que, agradecida, se llamó "Roma Quadrata".

Pero los súbditos de Rómulo eran sólo aventureros y faltaban mujeres. El nuevo rey sugiere una solución: los próximos juegos olímpicos congregarán a las poblaciones sabinas del Quirinal; a una señal convenida, cada romano raptará a una sabinia y la llevará al Palatino. El plan se cumple a la letra y la posteridad del pueblo romano queda garantizada. Añade la historia de Rómulo que éste logró la paz con los sabinos y que legó a los seis reyes sucesivos una "Villa" organizada, perfecta en su estructura social.

Es este breve extracto como la espina dorsal de la leyenda primitiva, matizada "in infinitum" de episodios y anécdotas, que consignan con toda fruición y seriedad Dionisio Alicarnaso y Cicerón, Tácito y Tito Livio. Imposible reseñarlos aquí. Dejamos, pues, en marcha la historia de Roma, en el vértice mismo de Epica legendaria.

Roma no ha olvidado su infancia. Los dos niños heráldicos chupan hoy las ubres de bronce de la loba legendaria, en símbolo eternizado. Y aunque la cúpula de San Pedro sea el símbolo definitivo, Roma evoca conmovida a aquellos hombres, hijos de los dioses, que alzaron en sus colinas la patria de la eternidad.

incunabile

Colegios Mayores Sacerdotales de la Universidad Pontificia de Salamanca
 Núm. 27. - Enero 1951. - Redacción: San Pablo, 17. - Administración: Compañía, 3. - Apartado 116